Año I. Huesca 31 de Marzo de 1883. Número 2.

EL IRIS DE PAZ

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA,

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD SERTORIANA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Huesca, trimestre. . . .	0'75	pesetas.
Fuera de Huesca, idem. . .	1'00	»
En Cuba y Puerto Rico, idem.	2'00	»
Extranjero, idem.	2'50	»

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Redaccion y Administracion, Coso-alto número 17, y en la calle de Canellas número 13.

Número suelto, 10 céntimos.

¡¡31 DE MARZO!!

Esta fecha conmemora dos aniversarios, el XXXV de la divulgación del Espiritismo en América, y el XIV de la desincarnación del primer recopilador de la doctrina espiritista, nuestro ilustre maestro Allan Kardec.

Nuestros hermanos del Norte América, país de la libertad, la democracia y el progreso, donde se cuentan por millones los adeptos del Espiritismo, celebran aquel aniversario con numerosos y concurridísimos *meetings* en los grandes salones públicos y en el campo, con elocuentes discursos, notables lecturas, banquetes, conciertos y obras benéficas, y para facilitar la concurrencia á los grandes centros de población donde tienen lugar esos festejos, las vías férreas, las líneas de vapores y empresas de trasportes rebajan sus tarifas y establecen expediciones extraordinarias que contribuyen á dar mas animación y explendor á la fiesta espiritista.

En Europa suele conmemorarse el aniversario llamado de Allan Kardec, celebrando los círculos espiritistas sesiones extraordinarias consagradas al maestro que vive siempre en el pensamiento de los espiritistas y desde ultratumba sigue inspirándonos, aconsejándonos é instruyéndonos con sus comunicaciones dictadas á los médiums, esos trasmisores de las ideas de los Espíritus asociados á la obra del estudio y propaganda de la racional y consoladora doctrina, primera palanca de la regeneración de la humanidad. Y la prensa espiritista dedica sus columnas preferentemente al acontecimiento que en este dia conmemoramos.

La «Sociedad Sertoriana de estudios psicológicos» y su órgano El Iris de Paz únense á las manifestaciones de reconocimiento que hoy se tributan á los divulgadores del Espiritismo y al apóstol, al inolvidable maestro Allan Kardec, cuyas obras señalan una nueva etapa en la marcha siempre progresiva de nuestra doctrina, que en treinta y cinco años ha logrado reunir un número de adeptos al que no llegó jamás comunion alguna en igual espacio de tiempo.

Divulgadores del Espiritismo: nosotros os saludamos ofreciendo el concurso de nuestra inquebrantable fé y nuestra más decidida voluntad en pró de la sublime doctrina que proclamasteis.

Espíritu de Allan Kardec, que con

nosotros estás y constantemente nos ayudas: desde lo íntimo de nuestro corazón te enviamos un saludo, emblema del mas profundo reconocimiento, por el inmenso bien que nos hiciste al darnos á conocer la verdad que ansiosamente buscábamos y que han corroborado los espíritus protectores de quienes recibimos enseñanzas acordes siempre con los principios fundamentales que expusiste en tus imperecederos libros, base de la doctrina y punto de partida para ulteriores desarrollos de la idea regeneradora que se impone al mundo por la fé racional y por la conciencia del bien obrar, para dotar á la humanidad de una creencia siempre progresiva en armonía con su naturaleza perfectible, de una consoladora esperanza fundada en el conocimiento de la Verdad y el trabajo por el Bien, y del espíritu de Caridad que nos aproxima á Dios por el camino de la fraternidad universal; aspiraciones sintetizadas en nuestro fundamental lema:

Hacia Dios por el Amor y por la Ciencia.

Ese fin, eminentemente humanitario en su realización, y divino en cuanto responde á la ley providencial, es lo que en primer término significa el doble aniversario que conmemoramos EL TREINTA Y UNO DE MARZO.

ALLAN KARDEC.

El gran propagador del Espiritismo, Leon Hipólito Denizart Rivail, que con el seudónimo de Allan Kardec tanto publicó y trabajó en pró de las doctrinas más dignas para la personalidad humana y más consoladoras y justas para el porvenir del alma, nació en Lyon, el 3 de Octubre de 1804, procedente de una familia distinguida en los anales de la magistratura y el foro. Desde sus primeros años sintió inclinación irresistible por los estudios científicos y filosóficos, educándose en Yverdun (Suiza) en la escuela de Pestalozzi, una de las lumbreras de la pedagógia, y distinguiéndose entre los aventajados discípulos de este sabio, cuyo sistema ha ejercido gran influencia en la enseñanza dada en Alemania y Francia.

Terminados sus estudios, volvió á Francia, donde se dedicó á la traducción de diversas obras didácticas y morales vertidas al aleman, llegando por su inteligencia y asiduidad, á ser miembro de muchas sociedades sábias, y corporaciones científicas.

Desde los años 35 al 40, fundó en París cursos gratuitos en que personalmente explicó química, física, anatomía comparada, astronomía y otros ramos de las ciencias naturales; y persistente en su afán de facilitar y propagar los mejores sistemas de educación, inventó un ingenioso método para aprender á contar, y un cuadro mnemónico de la historia de Francia, á favor del cual se grababan en la memoria las fechas de los acontecimientos más notables, y de los grandes descubrimientos de cada reinado.

Para dar á conocer los frutos de su inteligencia privilegiada, de sus conocimientos científicos, y de su incansable laboriosidad, diremos que en el trascurso de 20 años publicó numerosas obras de educación, alcanzando justa fama *el Plan de mejoramiento de la instruccion pública, el Curso práctico y teórico de aritmética, la Gramática francesa clásica, las Soluciones razonadas de problemas matemáticos, el Catecismo gramatical de la lengua francesa, el Programa de los cursos de química, física, astronomía y fisiología* que enseñó en el *liceo polimático, y los Dictados especiales sobre las dificultades ortográficas*, de que se han hecho y se hacen numerosas ediciones.

Hácia el año 1850, cuando la atención pública del mundo civilizado empezaba

á fijarse en las manifestaciones espiritistas, y la ciencia se ocupaba de los fenómenos que habian de cambiar el fondo y la forma de las creencias religiosas, morales y científicas, preparando el advenimiento de una nueva revelacion, Allan Kardec se dedicó de lleno á la constante observación de las manifestaciones, al estudio de los principios de las leyes naturales que en ellas entrevió, y á la deduccion de las consecuencias filosóficas que debian convertir los hechos empíricos en un cuerpo de doctrina trascendentalísima.

Las principales obras que el infatigable escritor produjo, considerado bajo su nueva fáz de espiritista, fueron: el *Libro de los espíritus*, parte filosófica, publicado en 1857; el *Libro de los mediums*, parte esperimental y científica, 1861; *el Evangelio segun el Espiritismo*, parte moral, 1864; *El Cielo y el Infierno*; *El Génesis, los milagros y las profecías*; y la *Revista espiritista*, publicación mensual, empezada en 1858.

De la aparicion del *Libro de los Espíritus* data la verdadera fundación del Espiritismo, como doctrina filosófica sujeta á la crítica racional, y al triunfo por la ciencia, que tan grandes éxitos alcanzó, y tantas inteligencias sérias inundó con sus resplandores.

Allan Kardec era una garantía para los nuevos adeptos.

Un carácter entusiasta, sin método en la exposición de principios, y con una fé ciega en los fenómeuos, podria perjudicar la propagacion del Espiritismo en una sociedad analizadora, y excesivamente orgullosa de poseer la última palabra pronunciada por la ciencia racionalista; un espíritu como el de Allan Kardec, severo en el exámen, dotado de análisis para los hechos, de método para su esplicacion, de lógica para sus deducciones; incisivo, conciso, profundo en la forma, y dotado de un estilo sencillo y elevado al par, cual conviene en las obras de propaganda, para que las ideas no se resientan de una abstraccion metafísica que perjudique á su comprension, y para que sú sublimidad no pierda con las vulgaridades de una dicción plebeya, debia llenar todas las aspiraciones, satisfacer todas las exigencias, borrar todos los escrúpulos, ocurrir á todas las objeciones, y asi sucedió, porque Allan Kardec trajo al planeta que habitamos la misión de apreciar hechos, plantear principios, sacar consecuencias, formar una ciencia, y propagarla con su pluma entre los sábios é ignorantes, con su palabra entre los tibios y polemistas, con su fé entre los escépticos y atormentados por la inquieta duda que es la más terrible de las enfermedades morales.

Allan Kardec murió el 31 de Marzo de 1869, víctima de un aneurisma que sus trabajos intelectuales le impidieron atajar cuando habia remedio, y murió mártir de una idea que en él pudo más que la salud del cuerpo, y los bienes materiales de la existencia desahogada; murió cuando sus obras traducidas á todas las lenguas de Europa llevaban la buena nueva; cuando dejó organizada y constituida en París la *Sociedad espiritista*, heredera de sus trabajos y glorias; cuando era tiempo de premiar los padecimientos físicos, la grande laboriosidad, los merecimientos del que grabó en su bandera estas palabras: TRABAJO, SOLIDARIDAD, TOLERÁNCIA, porque *el trabajo* es la redención del individuo, y su progreso; la *solidaridad*, principio que hermana todas las individualidades, haciéndolas originarias de Dios, y llevándolas á él; la *tolerancia*, en fin, respecto á la manifestación libre de cada espíritu, á la vez que caridad por el daño que un alma caida, hermana de la nuestra, puede producirnos con sus expiaciones.

LA LUCHA.

Sin lucha no hay progreso en este (mundo,
Ni florece el laurel de la victoria;

¡Luchemos, pues, con el afán profundo
De conquistar inmarcesible gloria!
¡Espiritistas! no perdais segundo
Si queremos borrar de nuestra historia,
Esa mancha indeleble del *Pasado*
Que el *agua* de los siglos no ha borrado.

Kardec vino á decirnos en buen hora,
Que era nuestra la vida del mañana;
Que el que pide con fé y á Dios le implora
Adquiere una potencia sobrehumana,
Que busquemos al misero que llora,
Y que siguiendo la moral cristiana,
Consolemos sus penas, su amargura,
Con tierno afán, con fraternal dulzura.

Que propaguemos la inmortal doctrina
Con enérgica fé, con ardimiento,
Y pues que ella hácia el bien nos enca-
(mina,
Difundamos tan gran descubrimiento.
Hay en su credo la verdad divina,
Es la ampliación del Nuevo Testamento,
Es su propagacion un beneficio,
Dad la lúz sin temór al sacrificio.

No hay doctrina sin mártires; la vida
Sin un gran ideal vale muy poco,
Y por la perfección indefinida
Bien se puede luchar, y al mundo loco
Dejadle, que sin punto de partida
Camine como el ciego. ¡Yo os invoco
Espíritus del bien! ¡prestadme aliento!
¡Iluminad mi ardiente pensamiento!

¡Espiritistas! repetid conmigo
Que sin lucha el progreso no se alcanza
La historia universal es buen testigo,
Que hácia el héroe se inclina la balanza.
Aquél que de luchar es enemigo,
Aquél que tiene miedo y no se lanza
A plantar en el mundo el árbol santo
De la fé racional, del adelanto,

Aquel que vé la luz, que la posée,
Y huyendo de sufrir se oculta y calla,
Aquél es un apóstata y no cree
Que la fé en la razón no encuentra valla.
Tenedle compasion al que prevée
El triunfo de la acción, y la batalla
No la quiere emprender, al desdichado
Cuanto le dieren le será quitado.

Recordad á Kardec, subió al Calvario
Con la resignación de un alma buena,
Y pudo con su aplomo extraordinario,
Con su razón tan firme y tan serena,
Combatir y vencer á su adversario
Que era el oscurantismo; pero él, llena
Su alma de convicción y de esperanza
Le dejó al hombre un puerto de bonanza.

Sea Kardec nuestro ejemplo y nues-
(tro guía;
Luchemos con valor, y en este mundo
Sembremos la semilla que algun dia
Dará los frutos del amor profundo:
Aliviemos del triste la agonía,
Y luchando segundo por segundo,
Digamos á Kardec: ¡Bendito seas,
Gran regenerador de las ideas!

Amalia Domingo Soler.

ANTE LA TUMBA DE KARDEC.

—

El ilustre astrónomo Flammarion, uno de los sábios que mas han contribuido, con sus populares é inmortales obras, á la propagación del Espiritismo, pronunció un notable discurso, titulado «El Espiritismo y la Ciencia», ante la tumba de Allan-Kardec, inhumado, en entierro civil, el 2 de Abril de 1869, en el cementerio del Pére Lachaise, de Paris.

Juzgamos oportuno reproducir algunos párrafos del aludido discurso, ya que por su estensión nos sea imposible insertarlo integro.

«Muerto á la edad de 65 años Allan Kardec habia consagrado la primera parte de su vida á escribir obras clásicas elementales, destinadas especialmente al uso de los institutores de la juventud. Cuando hácia el 1850, las manifestaciones, al parecer nuevas, de las mesas giratorias, golpes sin causa ostensible y movimientos inusitados de objetos y muebles, empezaron á llamar la atención pública, determinando aún en las imaginaciones aventureras una especie de fiebre debida á la novedad de esos esperimentos Allan Kardec, estudiando á la pár el magnetismo y sus estraños efectos, siguió con la mas grande paciencia y juiciosa clarividen-

cia los esperimentos y numerosas tentativas, hechas por éntónces en París. Recogió y ordenólos resultados obtenidos por esa larga observación, y con ellos organizó el cuerpo de doctrina publicado en 1857 en la primera edición de *El Libro de los Espíritus*. Todos vosotros sabeis la acogida que mereció esa obra en Francia y en el extranjero.»

. . . .

. . . .

«Se ha argüido, señores, á nuestro digno amigo, á quién tributamos hoy los últimos obsequios, se le ha argüido que no era lo que se llama *un sábio*, que no fué ante todo físico, naturalista ó astrónomo, sino que prefirió constituir primeramente un cuerpo de doctrina moral sin haber antes aplicado la discusión científica á la realidad y naturaleza de los fenómenos.

Quizá es preferible que así hayan empezado las cosas.

No siempre debe rechazarse el valor del sentimiento.

¡Qué de corazones no han sido conso lados por esa creencia religiosa! ¡Qué de lágrimas enjugadas! ¡Qué de conciencias abiertas á los destellos de la belleza espiritual!

No todos son felices en la tierra. Muchos son los afectos quebrantados y muchas las almas narcotizadas por el escepticismo. Y ¿és por ventura poca cosa haber despertado al Espiritismo tantos séres que flotaban en la duda, y que no apreciaban ni la vida física ni la intelectual?

Si Allan Kardec hubiese sido hombre de ciencia, no hubiera podido indudablemente prestar ese primer servicio, ni dirigir á lo lejos aquella como invitación á todos los corazones. Él era sencillamante «el sentido comun incarnado»; razón juiciosa y recta, aplicaba sin olvido á su obra permanente las intimas indicaciones del sentido comun. No era esta una pequeña cualidad en el órden de cosas que nos ocupan; era, podemos asegurarlo, la primera entre todas y la más preciosa, aquella sin la cual no hubiese podido llegar á ser popular la obra, ni echar tan profundas raices en el mundo.»

. . . .

. . . .

«El Espiritismo no es una religión sino una ciencia de la que apenas sábese el abecedario. El tiempo de los dogmas ha concluido. La naturaleza abraza al universo, y el mismo Dios, que en otras épocas fué hecho á semejanza del hombre, no puede ser considerado por la metafísica moderna más que como un *Espíritu en la naturaleza*. Lo sobrenatural no existe. Las manifestaciones obtenidas con la intervención de los mediums, lo mismo que la del magnetismo y sonambulismo, son del *órden natural* y deben ser sometidas severamente á la comprobacion de la experiencia. Los milagros han concluido. Asistimos á la aurora de una ciencia desconocida. ¿Quién puede prever las consecuencias á que en el mundo del pensamiento conducirá el estudio positivo de esta nueva psicología?»

«Tú fuiste el primero que, desde el principio de mi carrera astronómica, demostraste viva simpatia hácia mis deducciones relativas á la existencia de humanidades celestes, porque tomando en tus manos el libro de la *Pluralidad de mundos habitados* lo colocaste en la base del edificio doctrinario que entreveias. Con suma frecuencia departíamos juntos sobre esa vida celeste y misteriosa, ¡oh alma! tú sabes por una visión directa en qué consiste esa vida espiritual á la cual todos regresamos, y que olvidamos durante esta existencia.

Ahora tú ya has regresado á ese mundo de donde hemos venido, y recoges el fruto de tus estudios terrestres. Tu envoltura duerme á nuestras plantas, tu cerebro se ha extinguido, tus ojos están cerrados para no volverse abrir, tu palabra no se dejará oir más... Sabemos que todos llegaremos á ese mismo último sueño, á la misma inercia, al mismo polo. Pero no es en esa envol-

tura en lo que ponemos nuestra gloria y esperanza. El cuerpo cae, el alma se conserva y regresa al espacio. Nos volveremos á encontrar en mundo mejor, y, en el cielo inmenso en que se ejercitarán nuestras más poderosas facultades, continuaremos los estudios para cuyo abarcamiento era la tierra teatro demasiado reducido. Preferimos saber esta verdad á creer que yaces totalmente en ese cadáver, y que tu alma haya sido destruida por la cesación del juego de un órgano. La inmortalidad es la luz de la vida, como ese brillante sol es la de la naturaleza.

Hasta la vista, querido Allan Kardec, hasta la vista.»

MISCELÁNEA.

Rogamos á nuestros suscritores de la capital nos dispensen las faltas, independientes de nuestra voluntad, que lamentaron en el recibo del primer número de EL IRIS DE PAZ, y que no se reproducirán despues de haber cambiado de repartidor.

Es imposible satisfacer las numerosos pedidos que se nos hacen de nuestro primer número ya agotado. Tan pronto como nos sea posible, lo reimprimiremos, pues á pesar de haber hecho una excesiva tirada para periódico de tal índole, ha resultado muy corta, gracias al anatema eclesiástico. Bien comprendia sus intereses *El Motin* (cuya visita agradecemos) al pedir con solicito afán una excomunión.

¿Es cierto que en el pueblo de Torres de Montes, de esta provincia, se promovió pocos dias há un escándalo á consecuencia de haber causado el cura párroco una herida á un niño en la cabeza, de un fuerte golpe con la célebre *caña de la doctrina*?

Si el hecho aconteció en la iglesia, tal cual nos lo han referido, merecia un correctivo severo.

¡Qué espíritu tan *evangélico* muestra el aludido presbítero en la enseñanza de la doctrina cristiana!

En otro pueblo, cuyo nombre no recordamos, pero que tambien pertenece á esta provincia, hay la costumbre de que todos los asistentes á una misa de entierro, dén cuarenta vueltas alrededor de la iglesia pasando en cada una de ellas por delante de un plato petitorio, donde debe depositarse cada vez un ochavo, formando al fin la suma de 40 ochavos ó diez piezas antiguas de á dos cuartos, llamadas en Aragon *cuadernas*. Esta especial contribucion por *capitacion*, la recoge y aprovecha, como es consiguiente, el cura; mas observando éste que algunos feligreses escurrian el bulto y no daban todas las vueltas ó en algunas dejaban de depositar el consabido ochavo, con instintos *camachiles* ideó el medio de que nadie quedase sin pagar su contingente, y al efecto se coloca ahora á la salida de la misa en la puerta de la iglesia, por donde han de pasar todos los concurrentes al oficio de difuntos, y allí les obliga á todos á «aflojar la mosca», esto es, las diez *cuadernas*, que el sacristan recibe en una bandeja, no sin que el ingenioso y aprovechado presbítero las recuente para que nadie le escamotee como antes, y todas las *ovejas* sean igualmente trasquiladas.

Nó necesita comentarios este hecho que, con otros muchos análogos, pinta bien la granjeria en que se ha conver-

tido el culto y prácticas religiosas. Si Jesús volviera hoy, arrojaria á latigazos, como *in illo tempore*, á los mercaderes del templo, á los que, llamándose ministros del Señor, sólo piensan en atesorar riquezas.

—

Guardaos de la avaricia.

«Y uno del pueblo le dijo: Maestro, di á mi hermano que parta conmigo la herencia.—Mas él le respondió: ¿Hombre, quién me ha puesto por juez ó repartidor entre vosotros?—Y les dijo: mirad y guardaos de toda avaricia. Por que la vida de cada uno no está en la abundancia de las cosas que posée.

Y les contó una parábola, diciendo: El campo de un hombre rico habia llevado abundantes frutos.—Y él pensaba entre sí mismo y decia: ¿Qué haré, por que no tengo en donde encerrar mis frutos?—Y dijo: esto haré: derribaré mis graneros y los haré mayores: y allí recogeré todos mis frutos, y mis bienes.—Y diré á mi alma. Alma: muchos bienes tienes allegados para muchísimos años; descansa, come, bebe, ten banquetes.—Mas Dios le dijo: Nécio, esta noche te vuelven á pedir el alma. —¿Lo que has allegado, para quién será?

Así es el que atesora para sí, y no es rico en Dios.»

(S. Lucas, cap. XII, v. de 13 *á* 21.)

——

Leemos en *La Tronada*, de Barcelona:

«Las sociedades locales de S. Vicente de Paul, que niegan la caridad al librepensador, que ni practica, ni profesa el clericalismo romano, van siendo sustituidas por grupos anti-clericales, que amparan á todo racional necesitado, sea cual fuere su religión.»

Esa es la verdadera caridad cristiana: Hacer el bien, sin mirar á quien, como dice el vulgar adagio traduciendo el precepto evangélico:

«Habeis oido que fué dicho: Amarás á tu prójimo, y tendrás odio á tu enemigo.

«Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian.» *(S. Mateo, cap. V, v.* 43 *y* 44.)

Pero ya sabemos que las prácticas del romanismo y de las instituciones que viven á su amparo, están generalmente reñidas con el Evangelio. Si así no fuera, no marcharia á su ruina el ya mal llamado *catolicismo*, que quiere decir *universal*, y no representa actualmente ni la décima parte de las comuniones religiosas, habiendo alguna, como el Budhismo, que cuenta muchos más millones de adeptos ó creyentes.

——

La prensa espiritista ha dado cuenta de la desincarnacion del espíritu de la viuda de Allan Kardec, Mme. Rivail, que hasta los últimos momentos conservó la lucidez y el uso de sus facultades intelectuales, disponiendo que su entierro se verificase civilmente, como el de su esposo, y legando cuanto poseia á la «Sociedad para la continuacion de las obras de Allan Kardec.»

Multitud de espiritistas de Paris y de las principales poblaciones de Francia que enviaron comisionados ó se hicieron representar, acompañaron al cadáver hasta el cementerio del Padre Lachaise, donde está el dólmen que contiene los restos mortales de nuestro ilustre maestro. En la tumba se depositaron muchas coronas, recuerdo de diferentes grupos espiritistas, y se pronunciaron elocuentes discursos.

Reciba nuestro recuerdo el espíritu de la que fué cariñosa compañera del inmortal filósofo, y que habita ya en las regiones donde habrán hallado premio us virtudes y se dispondrá para ulte-

riores progresos en el camino de la vida infinita del espíritu.

Leemos en *La Correspondencia Militar*:

«Si en Santander hay un cura que no quiso dar la absolución á una señora porque ésta dijo que no podia obligar á su marido á que dejara de leer el *Diario* de aquella capital, en Madrid hay uno que confiesa en la iglesia de san Plácido, indigno de vestir el hábito que viste y de ejercer la misión que le lleva al confesonario.

Una señorita, hija de un compañero nuestro, fuése á confesar á dicha iglesia hace pocos dias, y al manifestar humildemente al confesor que el año pasado no pudo cumplir con el precepto pascual, recibió por toda contestación la siguiente pregunta:

—¿Ha estado V. en la Galera?

Tal grosería, atrevimiento tan ofensivo y tan procaz, causó en la jóven el éstupor y la sorpresa que nuestros lectores comprenderán perfectamente, y en la familia, cuando tuvo noticia de la desvergüenza del sacerdote, la indignación que es de suponer.

¿Qué gana la religión con un ministro de tan baja estofa?

No conocemos su nombre; pero sabemos el dia, la hora y el confesonario en que ocurrió lo que referimos, con honda pena ciertamente.»

Siguen y suman los escándalos clericales de Madrid:

Hasta tal punto llegaron las inconveniencias proferidas desde el púlpito en la iglesia de San Sebastian por el predicador, la noche del jueves santo haciendo el panegírico de la muerte y pasión de Jesucristo, que el auditorio, justamente indignado, prorrumpió en las voces de *fuera;* la autoridad hubo de intervenir para apaciguar el tumulto producido en el templo, y el sacerdote autor del escándalo fué detenido y parece que continuaba arrestado después de haber prestado declaración ante el juez de guardia.

Si los periódicos madrileños que han dado esas noticias se publicasen en Huesca, seguramente merecerían el calificativo de «calumniosos» para el Sr. obispo de la diócesis, apresurándose D. Honorio Maria Onaindía á excomulgarles; y se verían tambien, como nosotros, obligados á hacer segunda edición del número anatematizado, para poder satisfacer los pedidos.

De nuestro apreciable colega la *Revista de estudios psicológicos*, de Barcelona:

«Los entierros civiles, ya no asustan á nadie; la gente se acostumbra pronto á lo que es racional y lógico, así es que ya dejamos de tomar nota de los que se verifican en los pueblos de estas comarcas porque no creemos necesarios más ejemplos para que la venda caiga á los más fanáticos.»

Para satisfacción de aquel colega espiritista y con orgullo nuestro, le diremos que en Huesca se han celebrado ya algunos entierros civiles, el último por cierto concurridísimo, y esperamos que sigan en progresión creciente á medida que el ejemplo cunda y vayan cayendo las preocupaciones y el fanatismo que alimentan ciertas creencias.

El colega local neo-católico, en vez de contestar á nuestros argumentos, desahoga su bilis profiriendo improperios contra el Espiritismo y sus adeptos. Está en carácter el semanario ultramontano.

No le seguiremos aquí por ese desatentado camino; hay competentes tribunales á cuyos *fallos* recurriremos, reservando para el periódico únicamente la polémica digna y mesurada, pues no somos *neos* ni *mestizos*.

En Zaragoza se admiten suscriciones á El Iris de Paz, en la libreria de Maynou, Escuelas Pias, 9.

Huesca.—Imprenta de El Iris.